

Durante 2018, Fundación Teraike invitó a los escolares de todas las comunas de la región a ser los autores de un libro, ya sea como escritores o como ilustradores, a través de su concurso "Jóvenes Talentos de Magallanes: Cuentos de Nuestra Región". De él nace este libro que busca rescatar la creatividad, talento, trabajo y el amor que sus escritores e ilustradores transmiten por la Región de Magallanes y la Antártica Chilena.



JÓVENES TALENTOS DE MAGALLANES:
CUENTOS DE NUESTRA REGIÓN

Fundación Teraike
www.fundacionteraike.cl
contacto@fundacionteraike.cl

© Inscripción N° 297204
ISBN N° 978-956-09072-1-9

Diseño
Sonia Valenzuela Feldman

Edición
Francisca Vogt Jara

Impresor
La Prensa Austral

Noviembre 2018



JÓVENES TALENTOS DE MAGALLANES: CUENTOS DE NUESTRA REGIÓN



El último selknam

JUAN CARLOS ALVARADO OTERMANN

–¡Mamá, mamá! ¿Ya nos vamos donde el abuelo? – dije muy ansioso, ya que amo visitarlo y poder escuchar sus historias.

–Sí, hijo. Ponte la chaqueta y sube al auto.

Cuando iba en dirección al auto noté que todo estaba nevado. Qué panorama más bueno, pensé, ya que en días así mi madre cocina sopaipillas, mientras que el abuelo y yo hablamos frente a la chimenea de la casa. Él cuenta las mejores historias del mundo.

Al cabo de cinco minutos estábamos en su casa. Como siempre pasaba, el abuelo Aurelio no nos reconoció. Mamá tuvo que tranquilizarlo porque creía que éramos ladrones.

–¡Rufianes! ¿Cómo entraron? ¡Fuera!

–Soy yo, Susana, tu hija, papá –dijo mi madre y lo llevó a su sofá favorito frente al fuego de la chimenea.

–Jimmy, hijo, quédate con tu abuelo y cuida que no se vaya a lastimar. Yo iré a preparar sopaipillas.

La casa del abuelo era pequeña y acogedora y estaba ubicada en el centro de Punta Arenas. A mí me encantaba estar ahí, sobre todo cuando nevaba, ya que podía ir a la avenida Bulnes y revolcarme en la nieve.



MARÍA JOSÉ LARREA CAÑAS

–¿Qué historia tienes hoy, abuelito? –dije mientras me sentaba como indio en su alfombra.

De pronto, él comenzó a hablar:

–¿Qué haces ahí, Ángela? ¡Corre! Son empleados de Menéndez.

Venían siguiéndonos más de diez cazadores de José Menéndez, con metales escupe fuego. Lo único que atinamos a hacer con la Ángela, fue correr por la pampa, esperando no ser alcanzados. Corrimos y corrimos hasta llegar a unos matorrales donde nos detuvimos un momento a respirar. Todo nuestro clan estaba muerto.

–Indios de mierda, mueran –decían los invasores mientras hacían sonar sus metales de fuego.

Pude ver cómo, luego de asesinar a mis compañeros, cortaban sus cabezas, orejas o manos. Decían que eran una prueba para sus patrones de nuestra caída. Pero, sinceramente, no entiendo por qué tanta crueldad.

Ahora solo quedamos Ángela y yo, encomendándonos a la voluntad de Temáukel, para que nos libre de estos tiranos.

Pium, pium, escuchamos a lo lejos. Me vi a mí mismo con una enorme herida en el costado derecho del pecho, y a Ángela tirada, con sus ojitos abiertos, cubierta de sangre y con un gran agujero en su frente.

–¿Creían que iban a escapar indios de mierda? –decían nuestros cazadores entre risas.

–Córtenle las dos orejas y ambas manos a esta negra. Al otro déjenlo que se desangre y sufra.

Pude ver a los asesinos mientras caminaban de vuelta a la ciudad. Eran unos malditos. No solo tuvieron el descaro de asesinar a todos mis amigos y al amor de mi vida, sino que, además, la mutilaron frente mis ojos. Y lejos de apiadarse de mi dolor y darme una muerte rápida, me dejaron vivo a mi suerte.

–Qué... qué frí... qué frío tengo –dije, poniéndome de rodillas con mucho dolor.

Estaba desesperanzado esperando la muerte. Lo último que recuerdo fue a los aliados que se acercaban. Desperté en una kawi de un clan amigo con la herida vendada. Me habían salvado.

–No se mueva –dijo el que supuse era el líder.

–Gracias a Temáukel que se encuentra vivo. ¿A cuántos de tu clan asesinaron?

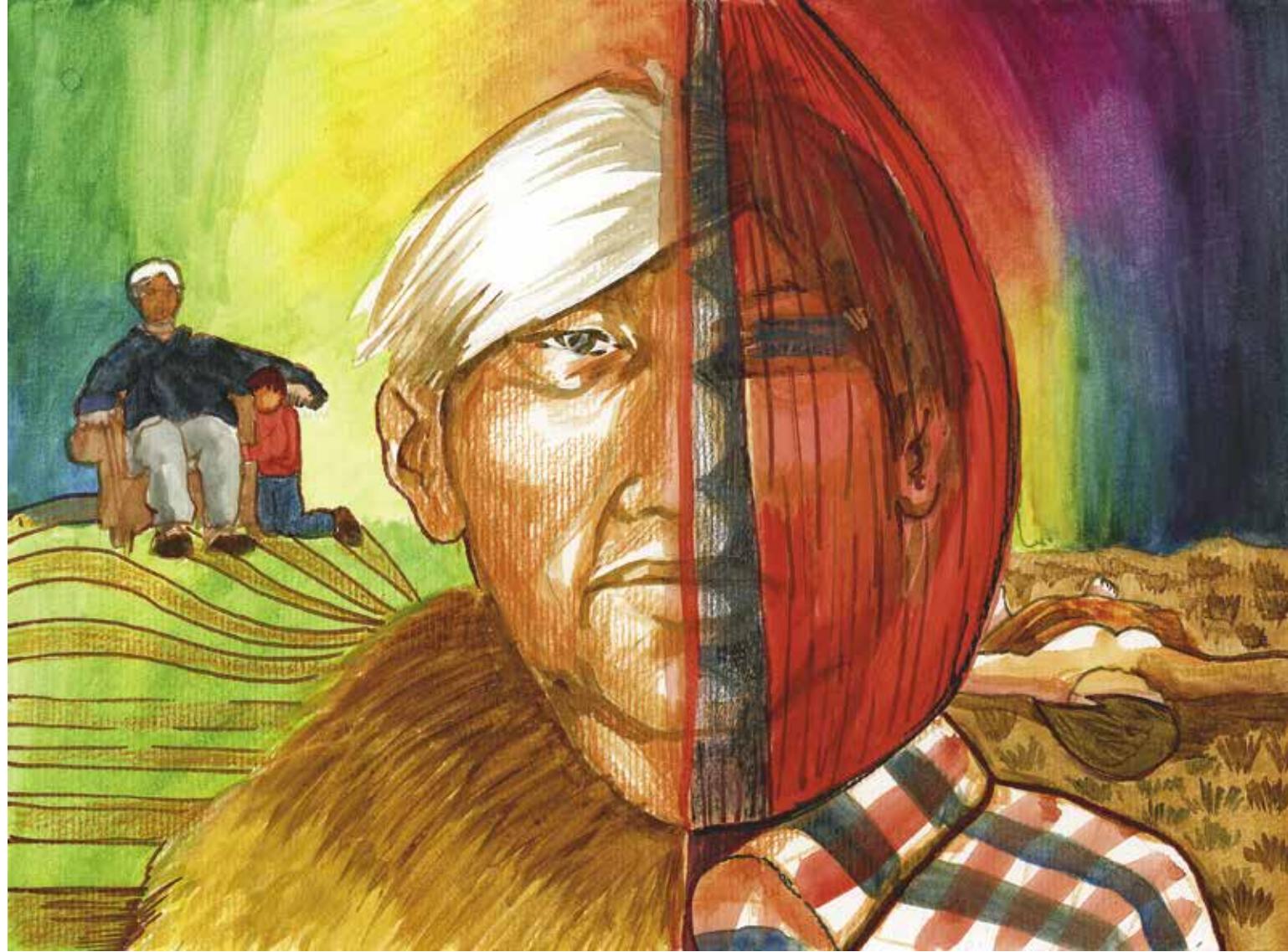
–A todos, menos a mí –respondí con ira y lágrimas. No podía quitarme de la mente la imagen de Ángela mutilada.

–No te preocupes. Este será tu nuevo clan. Hizo una seña y pude ver a dos hombres que se acercaron con pieles y comenzaron a vestirme.

–Esta es una guerra entre los tira-fuego y nosotros, debemos estar unidos. Ahora descanse, ya mañana será otro día.

Antes de irse, el hombre me estrechó la mano y se marchó. Era la oportunidad de un nuevo comienzo y de poder vengar a mi amor.

–Abuelo, ¿por qué lloras y sujetas mi mano? –dije algo desconcertado. Mejor cuéntame una de tus historias ¿sí?



AMANDA CERDA VERA

–¡Papá! ¡Jimmy! La merienda está servida –gritó mi madre desde la cocina.

El abuelo volvió en sí, se levantó y se dirigió aún algo ido hacia la cocina. Comimos en familia y luego de eso me contó una historia de un indio y su huida de unos cazadores armados, quienes querían asesinarlo.

Llegamos a casa a medianoche, y en cuanto entramos, me fui a la cama. Estaba exhausto. Esa noche soñé que yo era un indígena perseguido por cazadores tira-fuego.

Hoy, veinte años después, aún recuerdo con alegría y nostalgia las historias que el abuelo me contaba sentado en el viejo sofá frente a la chimenea. Y se las vuelvo a contar a mi hijo.

–Qué linda historia papá, cuéntame otra, ¿sí?

–Es hora de descansar, Felipe. Buenas noches.

Apagué la luz, lo arrojé y lo besé con ternura en la frente. Salí de su habitación y esa noche al igual que aquella vez, veinte años atrás, volví a soñar con los selknam y los cazadores tira-fuego.



Conociendo el Fin del Mundo

KATALINA NICOLE GARCÍA VARGAS

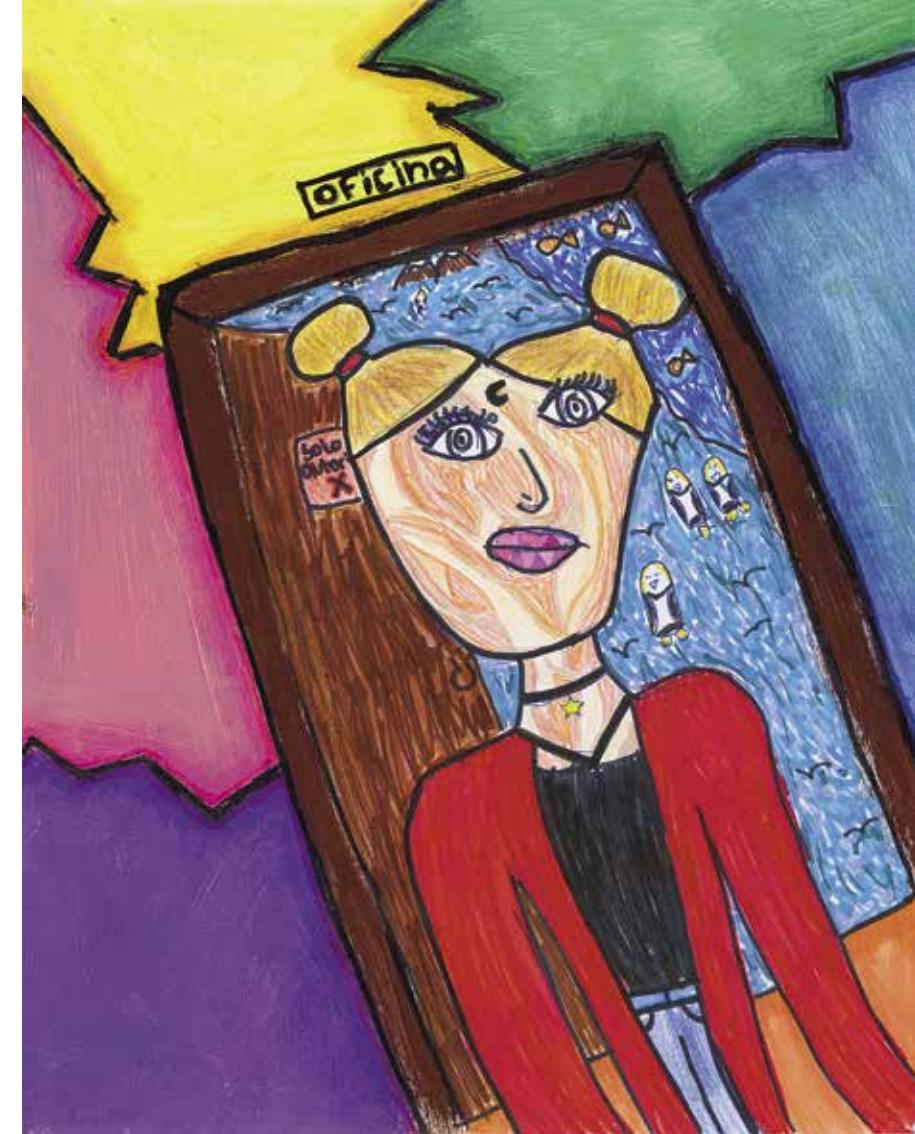
Como todos los viernes, Bianca va al trabajo de su mamá después de clases, para hacer hora hasta que ambas se van a casa. Ella detesta en parte los viernes. Sabe que se sentará en la sala de reuniones, hará sus tareas y luego solo se quedará quieta para no hacer ruido y no interrumpir a su mamá en el trabajo. Le gustaría poder hacer otras cosas, salir a pasear, jugar a la orilla del mar, pero aún es muy pequeña para ir sola, por lo que debe hacerle caso a Claudia, su mamá, y quedarse quieta.

Bianca fue ese día desanimada a la oficina. No sabía que sería el inicio de una gran aventura. Al llegar, dejó sus cosas en el mueble del pasillo, sacó sus cuadernos y empezó a ver sus materias.

Tenía prueba del libro el próximo miércoles, y aún no lo leía. No le gustaba leer, y era más bien lenta, pero tarde o temprano debía hacerlo, así que lo tomó, se acomodó en la silla y comenzó la lectura. Mientras leía se percató de que estaba haciendo mucho frío, por lo que se levantó y se dirigió por el pasillo para subir la calefacción.

En el camino, vio que estaba abierta la puerta de metal que conducía a la parte de atrás de la oficina, y que daba hacia el Estrecho de Magallanes. Era una de las cosas que le gustaba de la oficina de su mamá, trabajaba al lado del mar, tenía una vista hermosa y estaba solo a unos pasos de tocar las inmensas aguas del estrecho.

Bianca se estiró un poco para ver a su mamá, observó que estaba concentrada trabajando, y de forma silenciosa, abrió la puerta, ya que quería tomar un poco de aire fresco antes de continuar



CONTANZA BELÉN MORA CÁRDENAS

con la lectura. Pero al abrirla, algo mágico ocurrió. Lo que tenía frente a ella no era el Estrecho de Magallanes, no había mar, ni cemento. Tampoco estaba el monumento de la Goleta Ancud al lado de la oficina. ¿Qué había ocurrido? Solo veía nieve. Achicó un poco los ojos para divisar a lo lejos y vio más nieve. ¿Será que en este rato nevó tanto que cubrió todo, todo lo que había?

Bianca se sorprendió. Cerró la puerta, quizás era una mala jugada de su mente. Volvió a abrirla, y seguía el mismo paisaje. Caminó de forma apurada hacia la sala de reuniones, se puso el abrigo de colegio, la bufanda, el gorro y regresó a la puerta de metal. Estaba preparada para averiguar qué lugar era y qué aventura le traería.

Caminó con paso firme por la nieve, no quería caerse, y a unos cuantos metros vio un letrero de madera. Apresuró el paso y al llegar leyó: “Bienvenidos a la Antártica”. No podía creerlo.

Su mamá trabajaba en turismo, muchas veces la escuchaba hablar con los visitantes, y cuando ellos le preguntaban por la Antártica, les decía que la ciudad en la que vivía, Punta Arenas, era la puerta de entrada a ese maravilloso lugar.

“Jamás creí que era verdad, tampoco pensé que la puerta de entrada estaría en la propia oficina de mi mamá. ¡Qué cool! Quizás ella sabía de esto y nunca me dijo porque era un secreto para cuidar el lugar. O tal vez no lo sabe y solo los niños podemos ver estas cosas, porque cuando eres niño, uno cuida más todo, en cambio los adultos siempre terminan ensuciando y destruyendo”, pensó.

Tomó un poco de nieve, jugó con ella e hizo un ángel en el suelo. Hacía mucho que tenía ganas de ver tanta nieve. Su mamá le había contado que, antiguamente, la ciudad quedaba cubierta por la nieve, incluso no había clases, pero con los años, cada vez nevaba menos, por lo que ya no podía jugar como antes, ni tener motivos para faltar al colegio. Su única opción era ir a la reserva forestal de Magallanes con sus papás, y para no ir a clases, hacía como que le dolía la panza para faltar aunque sea una vez. Esperaba que los ojos de cachorrito aún sirvan cuando esté en los siguientes cursos.



KARINNA IGNACIA BASSO MUÑOZ

De pronto, divisó a lo lejos algo que se movía en el mar. Se acercó para ver qué era y vio el espectáculo más grande de toda su vida: estaba frente a unas ballenas. Su mamá le había dicho que eran enormes, pero nunca pensó que tanto. Sabía que había un parque marino por su ciudad. En él nunca había visto a un animal tan grande, a lo más las toninas que de repente jugaban en el estrecho y aparecían algunas veces en verano, pero esto era algo totalmente diferente. Aprovechó de tomar algunas fotos con el celular, esperando algún día poder invitar a sus amigas, si es que el portal seguía abierto y no les contaban a los papás. Así podrían cuidar el lugar y sus animales.

Sintió que había caminado mucho y que su mamá podía darse cuenta de que no estaba leyendo y asustarse porque no encontrarla en la oficina, así que apresuró el paso de regreso a la puerta de metal.

Al llegar entró de forma silenciosa, se sacó el abrigo, la bufanda y el gorro, y lo fue a dejar a la sala de reuniones, donde estaba su mamá.

–Mamá, cuando sea grande seré bióloga marina e iré a la Antártica para cuidar de los animales.

–Está bien hija, pero la Antártica está un poco lejos, ¿no crees? No es tan fácil llegar hasta allá.

–No, mamá, recuerda que Punta Arenas es la puerta de entrada a la Antártica.



La última nevada

DIEGO TOMÁS ALIAGA DOUGLAS

Postrado sobre su escritorio, Máximo Torres yacía descansando, soñando que vivía en mundos abstractos. Nueve en punto. El despertador emite agudos ruidos que logran despertar al meteorólogo. Mientras se preparaba una taza de café, miró el calendario. Viernes diez de julio de 2118. Al tomar su cálido café de manera pausada, el monitor de estudios meteorológicos que se asentaba en su escritorio, produjo sonidos que él nunca había escuchado.

Alarmado, Máximo revisó el monitor rápidamente. Este indicaba que, en cuatro horas, vendría una nevada que caería en la ciudad de Puerto Williams, la localidad en donde él estaba.

Su asombro era inevitable, ya que la presencia de la nieve se había disipado desde hacía seis décadas, gracias a los efectos del calentamiento global, que acabaron totalmente con ambos polos. En la sociedad en que vivía Máximo, y el resto de la humanidad, era normal que hubiese en promedio cuarenta grados Celsius cada día. Eso era normal para Máximo, quien sentía frío cuando había treinta grados.

Sin dudar, contactó a sus amigos, a sus familiares, a la prensa, pero especialmente habló sobre este evento con el líder de Puerto Williams, el alcalde Herrera, porque Máximo admiraba su capacidad de hablarle a las masas.

Viernes diez de julio, mediodía. La plaza de Puerto Williams está invadida por miles de periodistas de todo el mundo que se grababan con sus propios camarógrafos para informar sobre la maravillosa situación. La población mundial está expectante ante la presencia de una nevada. Hay generaciones



PAULA JOSEFA OJEDA AZÓCAR

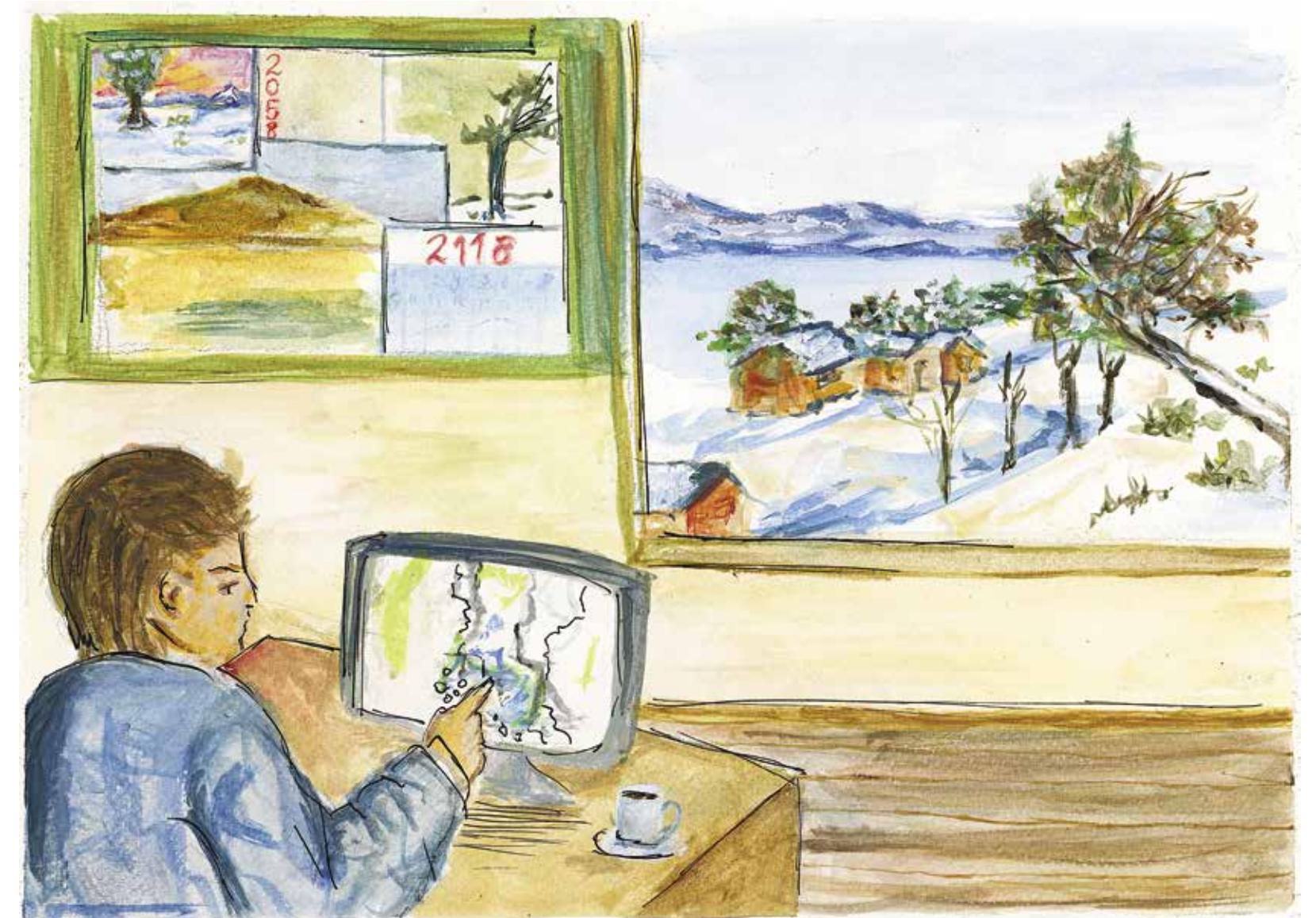
que no conocen la nieve, la creación de hombres de nieve ni las guerras de bolas de nieve.

Máximo estaba absolutamente contento, ya que nunca había visto la nieve y tenía la curiosidad de qué tan gloriosa sería su llegada. Solo conocía la nieve gracias a enciclopedias o vanagloriados libros de historia. Además, se sentía bien porque todos en el planeta sabían de esto gracias al importantísimo mensaje que redactó informalmente a cientos de personas. Rusia, China, Estados Unidos y más naciones estaban atentas a los resultados meteorológicos, reportando y reportando, entrevistado y concluyendo, para una situación posiblemente única.

Máximo, mientras conversaba con una periodista colombiana, revisaba su reloj. La una en punto, hora exacta en que ocurriría la nevada. El meteorólogo le avisó al alcalde Herrera, quien informó a la masa considerable de gente. Los periodistas, los camarógrafos, los que vivían allí, los que viajaron hasta Puerto Williams, todos miraron el cielo con desdén. Un camarógrafo irlandés gritó y todos miraron esa cosa blanca que caía: un copo de nieve. Asombro, expectación, llantos de alegría, gritos de euforia, todas las emociones fueron halladas cuando vieron a ese copo de nieve cayendo lentamente. Luego eran dos copos, después cinco, treinta, cuarenta copos de nieve que descendían al mismo tiempo y que todos miraban con ojos gigantes.

Pero algo inesperado pasó, al igual como descendían los copos, lo hizo la temperatura. Treinta grados, veinte grados, quince grados. El estado de la comunidad pasó de asombro a terror. Como las personas vivían a grandes temperaturas, no pudieron soportar la magna cantidad de frío que los atormentaba. La población temía por sus vidas. Gritos de terror, llantos enormes, aullidos de auxilio, todo lo catastrófico ocurrió.

Dos de la tarde de ese mismo día. Aproximadamente, mil cuatrocientas personas murieron congeladas en Puerto Williams. Máximo, entristecido, logró sobrevivir, alertando a todas las naciones que lo sucedido sucumbiría en todo el mundo, sin piedad, sin detenerse, hasta que cada rincón, cada calle y avenida, quedará infestada con los copos de nieve de la última nevada.



Los ruibarbos de mi abuelita

ROCÍO TOLEDO ANDRADE

Mi abuelita llegó a Punta Arenas hace muchos años. Ella me cuenta que antes nevaba mucho, que incluso la nieve llegaba hasta las rodillas. Dice que lo único que no ha cambiado es el viento, que siempre ha soplado fuerte.

Voy donde mi abuelita como una vez a la semana. Siempre encuentra que estoy grande. Creo que si sigo yendo, seré del porte de las Torres del Paine.

Cuando cruzo la puerta con mis hermanos, va corriendo como una liebre al refrigerador a buscar comida para darnos. Nos sirve mucha comida, porque ella cree que más gordito más sanito y, si le dicen lo contrario, mueve la cabeza y se ríe.

Mi abuela siembra hartas cosas en su patio, es como si tuviera un súper poder porque cualquier semilla que coloque, florece.

Lo más rico que tiene son sus ruibarbos, hace una mermelada deliciosa; no sé cuántos ruibarbos prepara, pero siempre salen como seis frascos grandes de mermelada.

Mi abuelita siembra muchas cosas, por ejemplo papas, repollos, ajos, perejil, frutillas y menta.

Yo a veces pienso que los ruibarbos parecen caballeros con peinados grandes con rulos. Sus tallos son rojos, como cuando se pone roja la nariz por el frío, y sus hojas son verdes y grandes como un paraguas. Estos solo salen en esta región, debe ser porque acá hace mucho frío y viento.



ALEXANDRA NICOLE VERA PAREDES



BÁRBARA VANEROS GALLARDO

Siempre nacen muchos ruibarbos juntos. Ella me dice que son una familia. Son mágicos porque todos los años vuelven a nacer en el mismo lugar. Son unidos, porque todos están juntos. Son alegres, porque bailan con el viento y ¡son muy deliciosos sobre todo en una mermelada!

Cada vez que ella hace mermelada, me regala un frasco y me dice al oído:

-Para que lo comas con pancito o galletitas –y me cierra un ojo, porque sabe que me lo comeré a cucharadas.



Amor de un conquistador

MATÍAS MUNZENMAYER MORATA

Todo cambió cuando llegamos, en el año 1843, a las orillas del Estrecho de Magallanes gracias a la Goleta Ancud. El capitán de la embarcación, Juan Williams, daba las instrucciones para establecer un fuerte, el cual permitiera su uso militar y la protección de los integrantes de la fragata. Uno de esos integrantes era yo, José Alvarado, un simple marinero de veintiséis, que solo cumple con las órdenes que le dicen.

Pisamos tierra firme luego de meses navegando, haciendo cada día lo mismo: nada.

Caminamos toda la tarde hasta encontrar el lugar perfecto para comenzar la construcción del fuerte. Williams hizo dos grupos, uno iría a talar árboles y, el otro, sacaría champas de tierra con el fin de crear las primeras viviendas de manera rápida y eficiente.

El clima era absolutamente distinto al de Chiloé, más frío; las nubes cubrían el cielo, impidiendo el calor del inútil sol. La vegetación era rara, ramas secas con frutos morados, árboles enormes, pero, sobre todo, variada. Los paisajes eran hermosos, con kilómetros y kilómetros de pampas.

Nos demoramos, aproximadamente un mes, en construir el fuerte, el cual llamamos Fuerte Bulnes en honor al actual presidente. Tenía enormes muros y establecimientos, que hicimos sin el uso de clavos, porque en ese momento no contábamos con tantos suministros y materiales. Fue una idea genial haber encajado rollizos de madera para la construcción de la iglesia y de las torres.

Cuando por fin logramos retomar nuestras vidas, el capitán Williams nos ordenó hacer expediciones por la zona, empezando con un pequeño radio de distancia para luego irlo agrandando. Se organizaron turnos de cuatro personas y, para mi mala suerte, me tocó ir en el primero.

Pasaban los segundos, los minutos y las horas, y no veía nada más que matorrales y árboles. De un momento a otro se largó una borrasca que nunca en mi vida había visto, la cual me impedía ver a más de dos metros de mi nariz. Entonces, alguien chocó conmigo. Una hermosa mujer aborígen de cabellos negros, tez morena y ojos color café, a quien, con el impacto, se le cayó su manta hecha de una lana suave. Rápidamente recogí la manta, ella la recibió y me dio las gracias. En ese momento me sentí demasiado nervioso, pero sobre todo ansioso, y no sé por qué, me fui corriendo de regreso al Fuerte Bulnes. Esa linda mujer tehuelche había sido la mejor bienvenida al sur de Chile.

Días después me tocó de nuevo mi jornada de expedición y volví a encontrarme con la tehuelche. Era momento de llenarse de valor y hablarle. Le hice una serie de preguntas para conocerla mejor y pude saber que se llamaba Rayén y tenía veintisiete años. Le comenté que era muy hermosa y ella me respondió con un: “Tú también”.

Todo iba bastante bien hasta que me dijo que su padre era el jefe de la tribu y que él detestaba con toda su alma a los conquistadores, sean chilenos o de países extranjeros. Pero nada impedía que nos viéramos en la noche, bajo de un árbol en la montaña. No tenía muchas hojas, ya que el otoño terminaba y venía el invierno, lo cual me daba la sensación de que algo malo sucedería.

El tiempo pasaba y Rayén y yo nos veíamos todos los días en la montaña. Nuestro amor aumentaba al igual que el frío.

La luna y las estrellas iluminaban la fría noche. Estábamos sentados debajo del árbol mientras la hermosa aborígen me abrazaba dulcemente, cuando de un momento a otro escuché el grito de un tehuelche. Rayén exclamó alteradamente:



MAXIMILIANO SEBASTIÁN AROMANDO ZEC

—¡Padre!, ¿qué haces aquí?

Él le respondió con la misma pregunta, pero agregando la duda de quién era yo. Ella dijo lo que tenía que decir, aunque su padre no se lo haya tomado muy bien, porque me di cuenta de que iba a sacar un cuchillo hecho de piedra pulida.

Tomé rápidamente a Rayén del brazo y le dije que teníamos que escapar. Corrimos por mucho tiempo hasta que lo perdimos de vista, pero también perdimos el camino de regreso. Había comenzado a nevar muy fuerte y estaba demasiado helado para seguir avanzando. Nos refugiamos debajo de un árbol que era muy parecido al de la montaña, pero sabía que daba lo mismo, porque ese día no me iba a salvar. Me acosté en el suelo y Rayén me tapó con su manta para disminuir el frío. En ese instante ya no sentía nada de mi cuerpo. La tehuelche estaba en la misma situación que yo, me abrazó temblorosa, tendió su cabeza en mi hombro y perdí el conocimiento por la hipotermia. Así morí junto a la persona que más amé en este mundo, Rayén.



El cuidador de ovejas

CONSTANZA PALMA LAGOS

Desde los cinco años, Juan trabajaba como ovejero en un pequeño campo localizado a un día y medio de la ciudad de Punta Arenas, junto a su perro Calafatín, al cual le dio ese nombre debido al tinte morado de su nariz. No trabajaba por iniciativa propia, sino por orden de su padrastro José, al cual le daba mucha pesadumbre salir a ganarse el dinero por sí solo. El padrastro de Juan, además, era un hombre violento y alcohólico, que cada tarde bajaba a contar las ovejas, una a una, constatando que estuviesen todas. Gracias a Dios, a Juan jamás se le había perdido ninguna.

El joven cuidador de ovejas ya tenía ocho años y el único alimento que recibía a diario era un pobre pan duro acompañado de una pequeña cuenca con agua. Aun así, había logrado sobrevivir todos esos años. Pero un día, ya cansado de comer siempre lo mismo, además de estar muerto de frío, comenzó a pensar:

–¿Qué pasaría si me como un corderito?...

Rápidamente descartaba la idea y se reprendía por pensar tales barbaridades. Sabía perfectamente que si hacía eso su padrastro lo castigaría de una forma muy cruel: probablemente lo agarraría a correazos, le diría palabrotas crueles y lo haría trabajar el doble. Pero a pesar de esto, su mente lo obligaba a traer ese pensamiento una y otra vez.

–Solo sería uno, ¿no? No creo que mi padrastro llegue a darse cuenta... ¿O sí?

Y ya no pudo soportarlo. Entonces, mientras su padrastro dormía una siesta después de la borrachera, Juan se decidió. Sin pensar muy bien lo que hacía, tomó un palo, amarró al corderito más pequeño, pues era más probable que pasara inadvertido, y le dio un certero golpe en la cabeza. Una vez muerta su presa, encendió fuego, y de esta forma, calentó su cuerpo y se comió al cordero.

Luego de comérselo, pensó fríamente en lo que había hecho: había matado a un animal y era muy probable que su padrastro se diera cuenta. Un súbito miedo lo recorrió de pies a cabeza y salió huyendo. Esperaba encontrar la ciudad que alguna vez había escuchado, estaba cerca: Punta Arenas. Antes de que Juan pudiera darse cuenta, por el camino se le unió Calafatín, su fiel amigo perruno que lo acompañaba desde pequeño.

Entonces, oyó gritos tras él.

–¡Pequeño mocoso! ¡Vuelve aquí!

Juan miró hacia atrás y vio una cara enmarcada por el odio, y notó que su desgraciado padrastro traía consigo un revólver de alto calibre. El hombre disparó, pero su amigo de toda la vida se interpuso entre él y la bala. El pobre animalito cayó al suelo. Juan lo tomó en brazos lo más rápido que pudo y siguió huyendo, hasta que al fin perdió de vista a aquel hombre infeliz.

Cuando se detuvo a mirar a Calafatín, el pobre animal yacía muerto entre sus brazos. Aunque le dio mucha pena, siguió corriendo con el bulto entre sus hombros. Corrió y corrió hasta llegar a la ciudad. Siendo él un niño de campo, no tenía idea a quiénes se podía enterrar en un cementerio. Así que, al ver una extensión de tierra en la que había muchas flores, creyó que sería el lugar perfecto para enterrar a su amado perrito.

Caminó un poco y se encontró de repente con un lugar vacío. Este sitio se encontraba justo debajo de la estatua de lo que parecía ser un indiecito. El niño se decidió por aquel espacio. Al enterrar al



SOFÍA ARACELI BALCAZAR GRANIFO

animal comenzó a llorar. Lloró desconsoladamente hasta que sintió una gota rodando por su cabeza. Miró al cielo pensando que había comenzado a llover, pero no era así. Notó entonces que de los ojos del indio brotaban lágrimas reales.

–¿Sabes? –pronunció la estatua. Cuando estaba con vida presencié muchas muertes, maltratos, tristeza y soledad. Ahora que ya no vivo, mi Dios me ha dado el don de poder ver todo lo que pasa en la Región de Magallanes. A cada momento, a cada persona. Y el don de ayudar a los que más lo necesitan. Lloro en este momento porque he podido presenciar lo que te ha tocado vivir a tan corta edad, una vida tan difícil. Pero yo te ayudaré. Solo duerme, y verás como todos tus pesares se desvanecen.



El regreso a casa

MAXIMILIANO VICENTE PROBOSTE MANSILLA

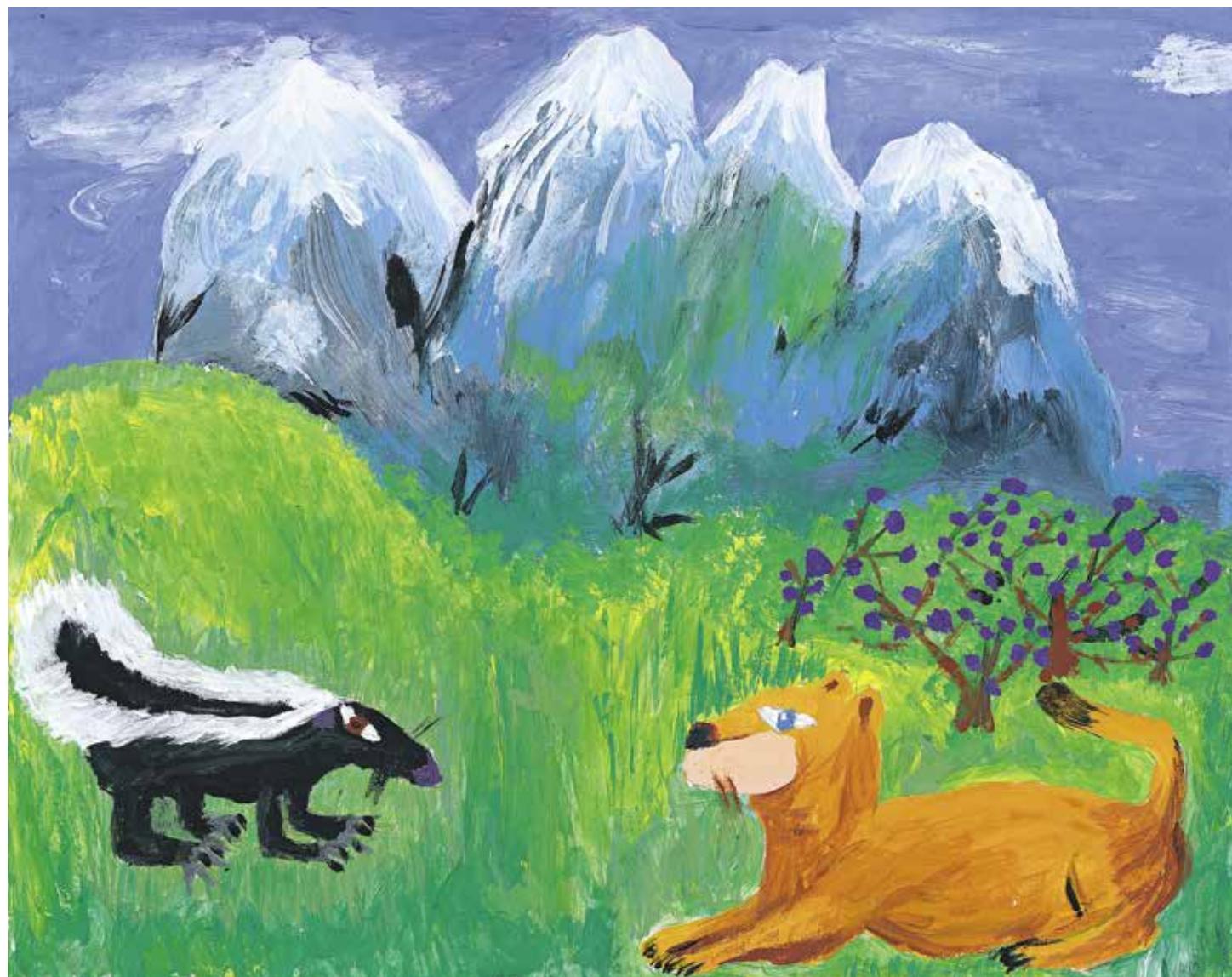
Lo primero que vi al nacer fueron las hermosas montañas de Torres del Paine, las pampas magallánicas y los arbustos de calafate. Después vi esos hermosos y grandes ojos de una gran puma, mi madre, y a mi hermana mirándome.

Unos meses después, cuando aprendí a caminar, nos alejamos de la cueva con mi hermana. Ese mismo día, mientras jugábamos, algo llamó mi atención. Era una extraña construcción hecha por humanos. Al acercarme para inspeccionar, de pronto sentí que me tomaban y me metían en una cosa cuadrada donde no veía bien. Pero todavía podía ver esas hermosas montañas floridas llamadas Torres del Paine.

Llevo dos años en cautiverio. Los humanos tienen un territorio llamado estancia. Al lado de mi jaula hay más animales como un ñandú, un zorro, un quirquincho y otros. Ellos dicen, y yo afirmo, que los humanos nos tratan muy bien. Comemos dos a tres veces al día abundantemente, yo de preferencia carne, otros animales hierbas, pastos, granos, y agua para beber. Todos añoran, tanto como yo, volver a su hogar.



PABLO LEÓN NUÑEZ MALDONADO



VICENTE MERCEGUE CARTES

Un día, los humanos, sin darse cuenta, dejaron la jaula abierta. Al principio me dio miedo salir. Después de un momento me armé de coraje, corrí, corrí y corrí hasta perderme en las pampas magallánicas y al final me dormí junto a unas rocas a la orilla de un riachuelo.

Al despertar sentí un olor desagradable, era un chingue. Me acerqué para dialogar. Él temblaba de miedo, me dio la espalda y levantó su cola. Pensé que era su forma de saludar. Le expliqué que solo quería hacerle unas preguntas, se calmó, respiró profundo, bajó su cola y volteó hacia mí. Yo apenas podía soportar el mal olor. Me dijo que ese lugar era inmenso y debía seguir subiendo hacia los cerros.

Por la tarde encontré un nuevo animal, era un guanaco. Él me ayudó y me dijo que me alejara de los humanos y que siguiera subiendo por los cerros.

Ya llevaba varios días caminando, alimentándome de lo que encontraba en el camino, pequeños frutos silvestres, hierbas y raíces. A veces también extrañaba la jaula.

En mi viaje me encontré con otros animales y aves, entre ellos, quiques, bandurrias y liebres. Algunos me ayudaron, otros salieron corriendo o volando. Ya cansado, pude divisar a lo lejos el hermoso paisaje que recordaba de mi infancia.

Me aprestaba a descansar sobre la hierba de un prado, cuando una gran ave se acercó volando y aterrizó junto a mí. Me preguntó dónde iba y quién era. Yo le conté mi historia. Me dijo que era un cóndor y que yo tenía que aprender a cazar para sobrevivir en ese lugar, que aquí no era como en mi jaula donde la comida estaba a la hora y abundaba. Finalmente, me indicó dónde podía encontrar a una familia de pumas que había divisado, días atrás, en uno de sus tantos vuelos.



RAYEN TACUL LEGUI

Esta parte de mi vida es un poco triste y muy feliz a la vez. Como era de esperarse, los humanos estaban buscándome. Me hallaron, y cara a cara, nos contemplamos a la distancia. Entonces comprendieron que mi lugar no era la jaula, que mi instinto y ansia de libertad eran lo que yo deseaba y que ese lugar era el mejor para ponerlos en práctica. Que sería difícil, pero no imposible. Así fue como, tanto ellos como yo, seguimos nuestros caminos.

Estaba cansado y hambriento, cuando a lo lejos alcancé a divisar a dos pumas. Desfallecí. Al despertar grande fue mi sorpresa, pensé que soñaba. Estaban allí otra vez mirándome esos hermosos y grandes ojos, rodeados de toda esa hermosa naturaleza, las Torres del Paine y la pampa magallánica.



Pampero de la estancia

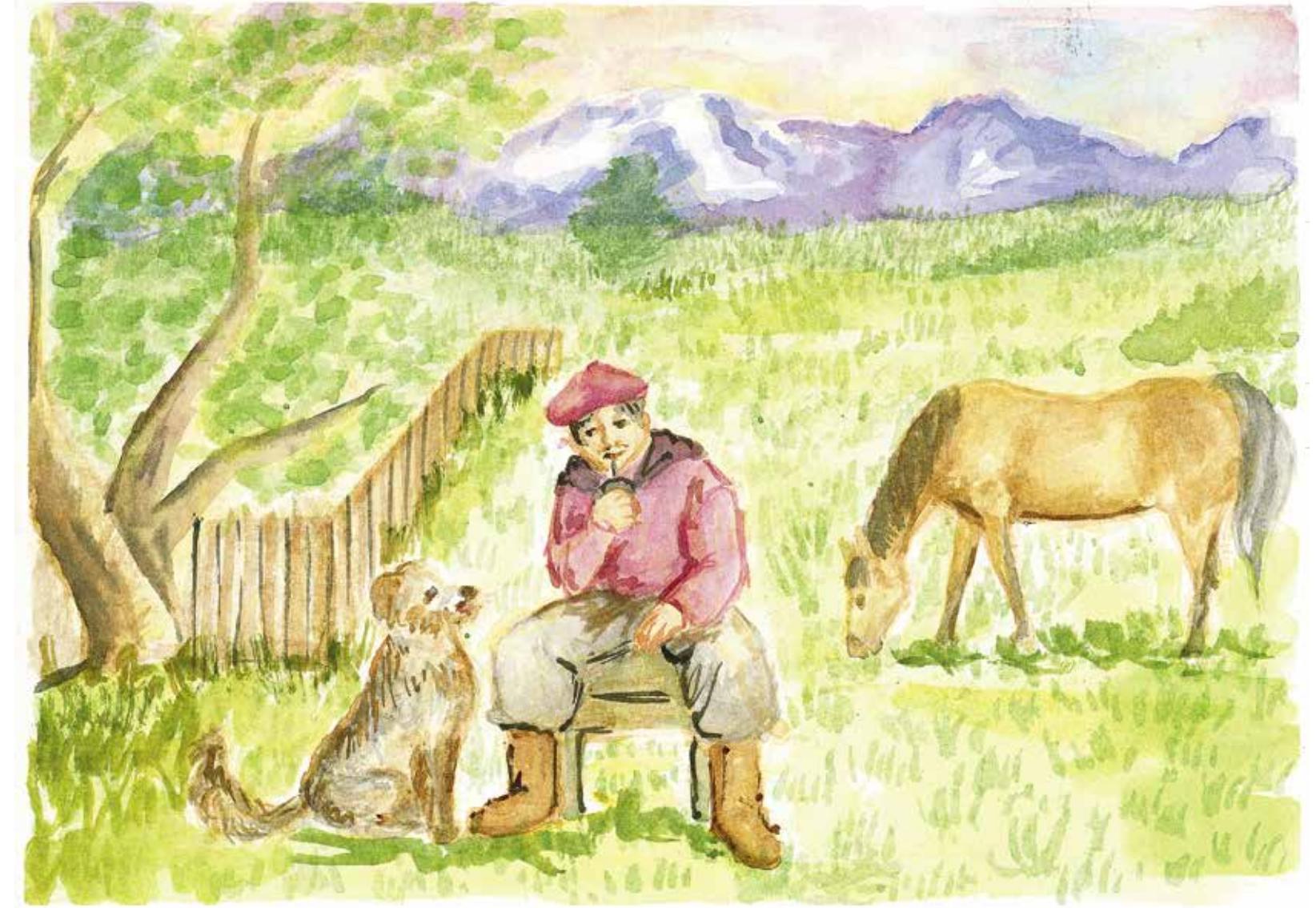
SOFÍA CERDA ZÚÑIGA

Esta es la historia de Pampero, un viejo perro ovejero perteneciente a una estancia en lo más austral del mundo, quien un día fue el mejor amigo de un peón y el resto ya se los contaré.

Era una mañana un tanto más fría que de costumbre, con las flores cristalizadas, las imponentes nubes que dejaban a la vista unos leves rayitos de sol y los cerros nevados reflejados en el sereno movimiento de las aguas del lago. Se encontraba Pampero junto a la estufa, en compañía de su amo que ya estaba en pie, listo para comenzar su rutinaria labor en el campo.

Luego de tomar mate acompañado de su fiel amigo, el peón se dispuso a trabajar y se dirigió a las pesebreras. Ahí lo esperaba su patrón con aspecto abrumado, pues había ido a encomendarle la búsqueda del potro alazán que le pertenecía a su hijo. Se había extraviado esa tarde y seguramente se encontraba en algún rincón de esas extensas tierras. Aquel trabajador no tardó en poner en marcha la búsqueda, se montó en su caballo y emprendió camino junto a la infaltable compañía de Pampero. A medida que se internaban en lo profundo de las praderas, el sol se ponía y no había rastro del alazán. Pampero olfateaba y buscaba sagazmente para ayudar a su amo, quien ya estaba preocupado por la noche que los cubría y lo peligroso que podría ser quedar internados en aquel lugar, alejados de su hogar y sin haber cumplido la importante tarea que se le dio.

Siguieron su camino, entre los tupidos matorrales, mientras el frío nocturno ahondaba en sus cuerpos, hasta que de pronto a lo lejos oyeron un relincho. Se dirigieron en esa dirección, pero era extraño, pues el caballo que estaban buscando no se divisaba por ningún lugar. El silencio reinaba en ese momento. El peón se desmontó, echó un vistazo a su alrededor y sigilosamente dio unos pasos, con



VALESKA SEPÚLVEDA SANDOVAL



CATALINA JAZMÍN NAVARRO VELÁSQUEZ

las piernas temblorosas, pues sabía que estaba indefenso ante cualquier peligro. Mientras tanto, Pampero amordazaba sus pantalones, inquieto.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de aquel hombre cuando un suave rugido lo puso en alerta de la presencia de un felino. Su rostro palideció y los sobresaltos del perro enmudecieron. Ambos retrocedieron. Sabían muy bien de lo que se trataba, se veían sin salida.

El puma, que como cada noche recorría los senderos de las montañas en busca de alimento, no tardó en visualizar a sus presas. Se movió de manera lenta, hasta que de pronto corrió enfurecido hacia ellos. Rápidamente, el hombre montó en su caballo y huyó. Galopó y galopó silbando a su can para que lo siguiera en su huida, sabiendo que el felino estaba tras él. Este no tardó en alcanzarlo y se abalanzó primero sobre el caballo, que cayó sobre las hierbas. El jinete vio allí su muerte. Tirado en el suelo cerró los ojos, pero su leal compañero, lleno de coraje y valentía, se enfrentó a aquel puma que se disponía a atacar al pobre peón. Intentó retenerlo lo más que pudo. El feroz animal no tardaría en acabar con él, pero de todas formas continuó en la pelea hasta agotar sus fuerzas. Mientras, el hombre huyó. Corrió a más no poder, sin quitar de su mente aquella desgarradora imagen.

Al encontrarse a salvo, se posó en una roca donde, luego de unas horas, fue hallado por los demás trabajadores que habían ido en su búsqueda. El peón regresó a la estancia, apenado y aterrorizado por lo vivido, y olvidó el motivo de su travesía. Para su suerte, los demás habían hallado al potrillo del hijo del patrón, pero nada de eso fue consuelo para este humilde hombre que jamás podría olvidar el día en que su mejor amigo, su eterno compañero, perdió la vida por defenderlo de una bestia. Lo máspreciado que tenía en la vida se le fue arrebatado a aquel hombre de campo.

Todos en esa aislada región conocen la historia del valiente Pampero. Un viejo perro ovejero de estancia que se sacrificó por quien más amaba, por su cuidador, quien llora su partida cada vez que relata esta historia y asegura que Pampero seguirá con él hasta el último de sus días.

El Barco "Logos" y mi aventura en el Canal Beagle

GÉNESIS CASTILLO SALFATE

Me llamo Mackenzie Walter, soy una niña de solo 12 años, vivo en Puerto Williams. Mis dos padres murieron, vivo sola con mi abuela que tiene más de 90 años. Realmente mi vida es triste y solitaria, la muerte de mis padres me afectó demasiado, los amaba con toda mi alma, sobre todo a mi papá, era lo más importante para mí. Pero tengo un pasatiempo que hace que me desconecte de la tristeza y del mundo: leer. Amo leer, pero sobre todo escribir mis propios libros o cuentos. Tengo una imaginación sensacional.

Mi sueño era conocer una biblioteca que recorría el mundo en un barco llamado "Logos". Mi padre disfrutaba leer y escribir, igual que yo. La mayor parte de nuestro tiempo juntos lo pasábamos leyendo o escribiendo. Pedíamos libros prestados, ya que no teníamos los recursos para comprarlos. Llevábamos más de cincuenta libros hechos por nuestra propia imaginación, en doce años. Cinco de ellos hechos por mí. El resto son escritos por los dos y algunos solo por él, que son bastantes aburridos para mi opinión.

Así era mi vida hasta que un día como cualquiera cambió todo. Tuve una experiencia trágica, pero después de lo malo siempre hay algo bueno. Fue una aventura que nunca en mi vida olvidaré.



FERNANDA IGNACIA SEGOVIA MANCILLA



CATALINA ANTONIA OYARZÚN AGUAYO

En 1988 el barco "Logos", que tanto anhelaba conocer, vino a visitar el Canal Beagle, parando en la ciudad de Puerto Williams. Mi padre estuvo ahorrando bastante dinero para poder viajar en ese barco y hacer realidad mi sueño. Con mucho empeño, ambos logramos cumplir nuestro sueño, dejamos nuestros libros en el barco y comenzó nuestro viaje.

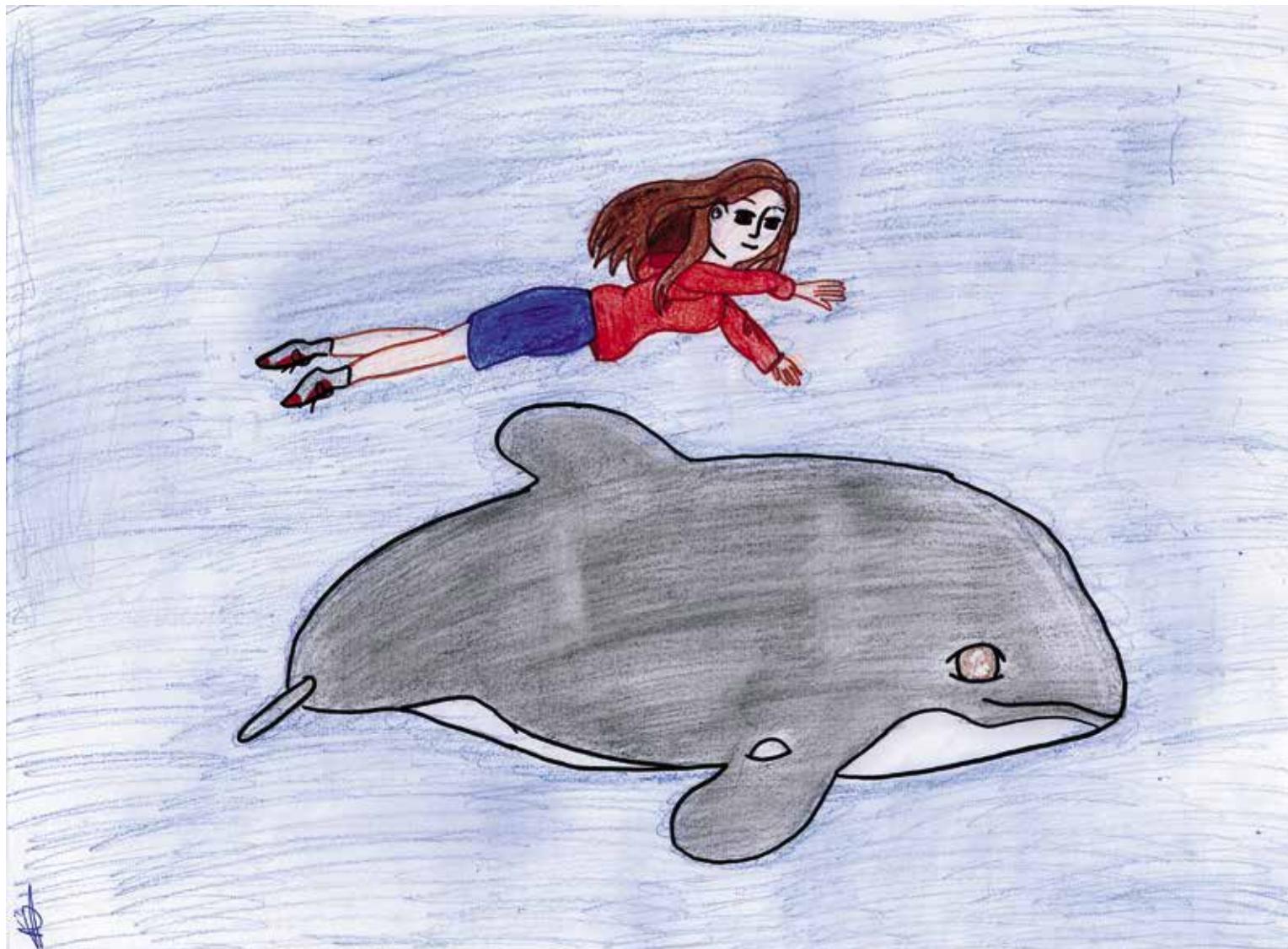
Mi mamá estaba muy triste de tenernos por un tiempo lejos, pero muy feliz a la vez al vernos cumplir nuestro sueño. Se despidió amablemente con un beso y un abrazo muy fuerte que a ella y a mi padre los hicieron emocionarse de verme, contenta y ansiosa. Antes de que el barco se pusiera en marcha, yo les agradecí por todo, cayendo una lágrima de mis ojos.

El barco partió. Fue un viaje tranquilo y en paz. Salí afuera a leer los montones y montones de libros que tenía y mi padre no paraba de mirar el paisaje y escuchar las olas que con suavidad golpeaban y movían el barco. No llevábamos más de cuarenta minutos navegando cuando el barco "Logos" naufragó.

Yo no entendía absolutamente nada, lo único que sabía era que estábamos cerca del Islote Snipe. Toda la gente estaba desesperada, había muchas personas para mi opinión, algunas eran de otros países. Bueno, eso no importaba, lo importante era que el barco se estaba hundiendo y que probablemente todos moriríamos. Mi papá estaba desesperado, tratando de conseguir un bote o algo para sobrevivir. Hubo un momento en que la gente corría por todos lados. Mi papá y yo nos perdimos de vista y no lo volví a ver nunca más.

La gente se comenzó a tirar al mar, empujándose entre ellos. Hacían cualquier cosa para salvarse. Su desesperación hizo que me cayera al mar. Dudaba si podría seguir con vida después de esto. Por suerte, era muy buena nadadora, pero la temperatura del agua me ganaba, estaba heladísima.

Veía cómo el barco se hundía y a la gente matándose o intentando llegar al islote. Yo creía imposible llegar ahí nadando, no me quedaban fuerzas. Sabía que era mi fin y el de todos. Seguía pensando



FELIPE ANDRADE REYES

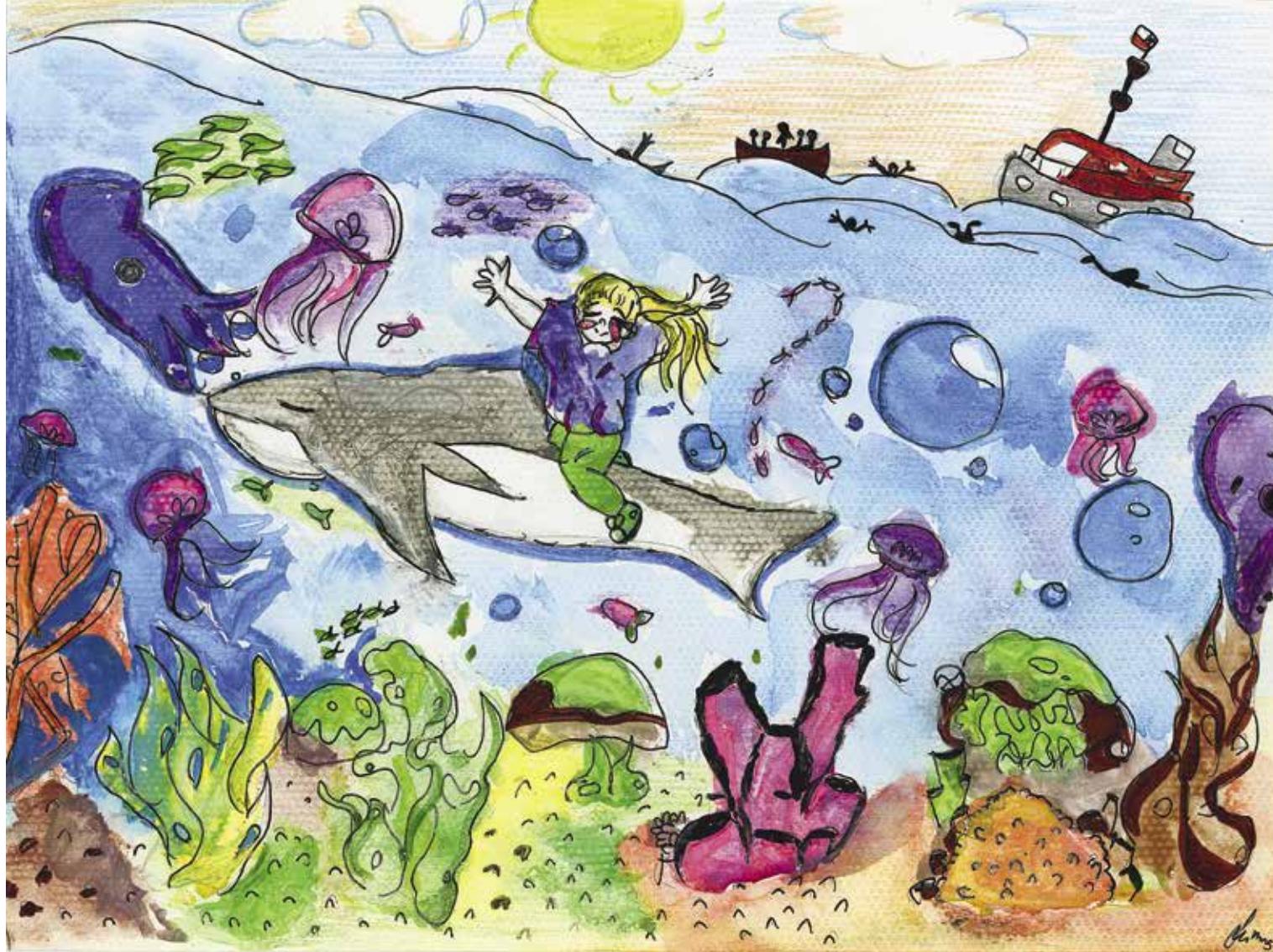
en mi padre y en qué le podría haber pasado. Ya no aguantaba más el frío cuando todo quedó en silencio, parecía que todos habían muerto, menos unos cuantos que seguían sobre el barco, sin esperanzas.

Fue en ese momento cuando vi a una tonina que me hacía señas para llevarme hasta el islote. Yo estaba confundida, no sabía si estaba viva o muerta, si estaba delirando o era real. Le hice caso a esa tonina que, inconscientemente, llamé Missi. No sabía si era hembra o macho, pero decidí que fuera una hembra. Ella se dirigía al islote.

Fue un paseo bastante divertido. Me llevó al fondo del mar, donde vi muchas criaturas marinas, entre ellas la centolla, una especie típica en esta zona. Había dos grandes y muchísimas pequeñas. Supuse que las grandes eran los papás y los otros los hijos. A medida que avanzaba, vi que una especie rara se comía a los bebés y los padres trataban de defenderlos. Missi era muy rápida y no nos demoramos mucho en llegar a la isla. Cuando llegué, Missi se fue. Yo le rogaba que no se fuera, pero no se dignó a volver.

En el islote había una señora y un señor muy extraños. Estaban semidesnudos, tenían una vestimenta muy extraña, diferente a la mía. No me ayudaron, solamente se fueron y siguieron su camino. En aquel islote había muchos árboles. Creo que uno era lenga, también había canelo y ñire. En sus troncos se encontraba el musgo, que es muy bonito, como un bosque miniatura que si lo observas de cerca, puedes ver insectos insignificantes que lo habitan. De los árboles colgaba "Barba de Viejo", que es bastante rara, blanca y esponjosa. Oí como un picoteo muy raro. Me di vuelta y vi que era un Pájaro Carpintero. Llevaba doce años viviendo en Puerto Williams y nunca en mi vida había visto uno. Son hermosos.

De un momento a otro se puso a nevar y vi una bandada de aves. Eran gaviotas, blancas y gordas. Todo esto me hizo recordar la belleza del parque "Omora" que se encuentra en mi ciudad. Era exactamente igual.



NATALY ROMINE GARRIDO ARAMAYO

Ya pasado un rato, me vino un sueño muy pesado, y caí dormida en un tronco.

Recuerdo perfectamente esta experiencia. Después de caer dormida, me desperté en el hospital de Puerto Williams. Vi a mi madre durmiendo a mi lado. Le conté sobre Missi y que ella me había llevado al Islote Snipe, pero no me creyó. Pensó que estaba loca, me decía que estaba confundida y que necesitaba descansar. Me preguntó por mi papá y yo, llorando, le dije que no supe nada más de él desde el momento en que nos separamos.

Después de dos meses mi madre murió por una enfermedad. Eso hizo que mi abuela viniera a Puerto Williams a cuidarme. Ella me creía, creía lo que me había pasado en aquel islote y eso me alegraba y aliviaba muchísimo. Hoy tengo treinta años y aún no olvido el barco, que sigue ahí hundido, a Missi, y la gran aventura que viví.



Concurso Jóvenes Talentos de Magallanes: Cuentos de Nuestra Región

Escritura

Categoría 5° a 8° básico

Categoría I a IV medio



Katalina Nicole García Vargas
"Conociendo el fin del mundo".
5° básico, Instituto Sagrada Familia.
Punta Arenas.



Juan Carlos Alvarado Otermann
"El último selknam".
IV medio, Liceo San José.
Punta Arenas.



Rocío Toledo Andrade
"Los ruibarbos de mi abuelita".
6° básico, Colegio Charles Darwin.
Punta Arenas.



Diego Tomás Aliaga Douglas
"La última nevada".
II medio, Liceo San José.
Punta Arenas.



Constanza Palma Lagos
"El cuidador de ovejas".
8° básico, Colegio María Auxiliadora.
Punta Arenas.



Matías Munzenmayer Morata
"Amor de un conquistador".
I medio, Colegio Alemán.
Punta Arenas.



Mención Honrosa

Maximiliano Vicente Proboste Mansilla
"El regreso a casa".
6° básico, Liceo San José.
Punta Arenas.

Génesis Castillo Salfate
"El barco 'Logos' y mi aventura en el Canal Beagle".
8° básico, Liceo Donald Mc Intyre Griffiths.
Puerto Williams.

Sofía Cerda Zúñiga
"Pampero de la estancia".
III medio, Liceo María Mazzarello.
Puerto Natales.



Concurso Jóvenes Talentos de Magallanes: Cuentos de Nuestra Región

Ilustración

Categoría 1° a 4° básico



Alexandra Nicole Vera Paredes
“Los ruibarbos de mi abuelita”.
2° básico, Liceo María Auxiliadora.
Punta Arenas.



María José Larrea Cañas
“El último selknam”.
4° básico, Taller Rembrandt.
Punta Arenas.



Maximiliano Sebastián Aromando Zec
“Amor de un conquistador”.
4° básico, Colegio Alemán.
Punta Arenas.

Categoría 5° a 8° medio



Constanza Belén Mora Cárdenas
“Conociendo el fin del mundo”.
8°básico, Liceo María Auxiliadora.
Punta Arenas.



Paula Josefa Ojeda Azócar
“La última nevada”.
8° básico, Liceo María Auxiliadora.
Punta Arenas.



Sofía Araceli Balcazar Granifo
“El cuidador de ovejas”.
7° básico, Liceo María Auxiliadora.
Punta Arenas.

Categoría I a IV medio



Pablo León Núñez Maldonado
“El regreso a casa”.
I medio, Liceo Juan Bautista Contardi.
Punta Arenas.



Fernanda Ignacia Segovia Mancilla
“El barco ‘Logos’ y mi aventura en el Canal Beagle”.
II medio, Liceo Experimental UMAG.
Punta Arenas.



Valeska Sepúlveda Sandoval
“Pampero de la estancia”.
III medio, Liceo Luis Alberto Barrera.
Punta Arenas.



Mención Honrosa

Catalina Jazmín Navarro Velásquez
“Pampero de la estancia”.
2° básico, Escuela Libertador
Bernardo O’Higgins. Porvenir.

Felipe Andrade Reyes
“El barco “Logos” y mi aventura
en el canal Beagle”.
3° básico, Fundación Educacional
La Milagrosa. Punta Arenas.

Rayen Tacul Legui
“El regreso a casa”.
2° básico, Fundación Educacional
La Milagrosa. Punta Arenas.

Amanda Cerda Vera
“El último Selkman”.
7° básico, Colegio Puerto Natales.
Puerto Natales

Vicente Mercegue Cartes
“El regreso a casa”.
5° básico, Escuela General
Manuel Bulnes. Punta Arenas.

Catalina Antonia Oyarzún Aguayo
“El barco ‘Logos’ y mi aventura
en el Canal Beagle”.
7° básico, Fundación Educacional
La Milagrosa. Punta Arenas.

Josefina Fernández Reveco
“La última nevada”.
IV medio, Taller Rembrandt.
Punta Arenas.

Bárbara Vaneros Gallardo
“Los ruibarbos de mi abuelita”.
IV medio, The British School.
Punta Arenas.

Karinna Ignacia Basso Muñoz
“Conociendo el fin del mundo”.
IV medio, Liceo Adventista.
Punta Arenas.

Nataly Romine Garrido Aramayo
“El barco ‘Logos’ y mi aventura en el
Canal Beagle”.
II medio, Liceo Gabriela Mistral.
Puerto Natales.

Finalistas

Escritura

Tatiana Barrientos Yévenes, Primavera.

Lucas Elías Ruiz Larenas, Punta Arenas.

Maril Barría Tecay, Puerto Natales.

Francisca Paz Nancuante Barrientos, Punta Arenas.

Victoria Muñoz González, Puerto Natales.

Fernando Garrido Hurtado, Cabo de Hornos.

Fernanda Belén Ramírez Órdenes, Punta Arenas.

Francisca Paz Gatica Mayorga, Punta Arenas.

Felipe Toro Echeverría, Punta Arenas.

Annabel Poblete Mayorga, Punta Arenas.

Darío Fernando Igor Parker, Punta Arenas.

Sophia Emilia Álvarez Held, Puerto Natales.

Ilustración

Constanza Altamirano Macías, Punta Arenas.

Matías Pérez Díaz, Punta Arenas.

Valentina Santana Avendaño, Punta Arenas.

Josefina Aguilar Solís, Punta Arenas.

Renato Bustamante Barrientos, Punta Arenas.

Laura Cena Gamin, Punta Arenas.

Constanza Ayacady Salazar, Punta Arenas.

Renato Poblete Alarcón, Punta Arenas.

Camila Delgado Cuyul, Puerto Natales.

Josefa Ormeño Vargas, Punta Arenas.

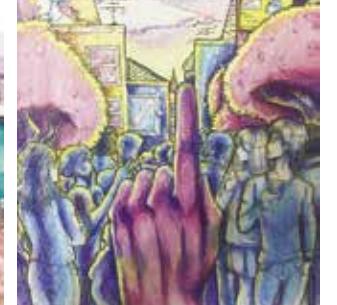
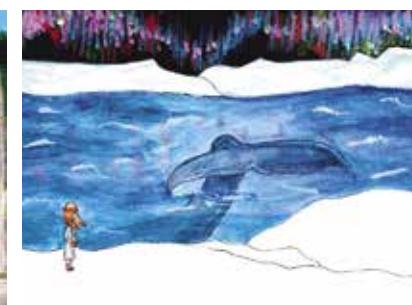
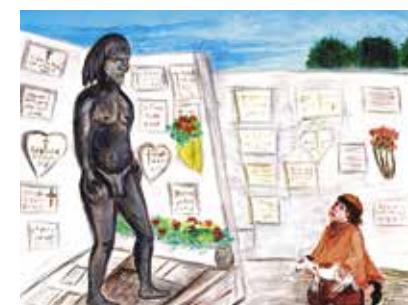
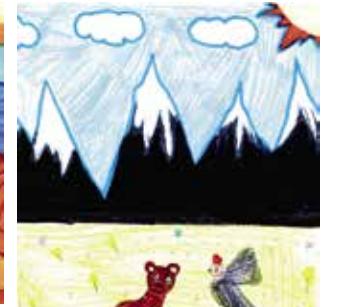
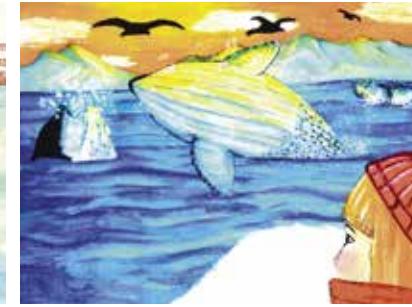
Paloma Sanaveses Alarcón, Punta Arenas.

Victoria Martínez Berdún, Punta Arenas.

Gabriela Díaz, Puerto Natales.

Araziel Jerez Hidalgo, Punta Arenas.

Mariella Maziglia Carimán Marzi, Punta Arenas.



Agradecemos la labor del jurado que seleccionó las obras ganadoras. En el caso de los cuentos, estuvo compuesto por el destacado escritor Mauricio Paredes, la escritora, profesora y editora puntarenense Rosamaría Solar y por Fani Ortega, coordinadora del área de contenido del Parque del Estrecho de Magallanes.

En tanto, las ilustraciones fueron seleccionadas por el diseñador y artista visual Pablo Quercia, la artista visual Andrea Araneda y el capitán de fragata de la Armada de Chile, Carlos Palacios.

Agradecemos a todas las instituciones y empresas colaboradoras que hacen posible este concurso.

